

11111

FB  
251.2  
G643 f

C. Balboa

Post. Guiterres

2217



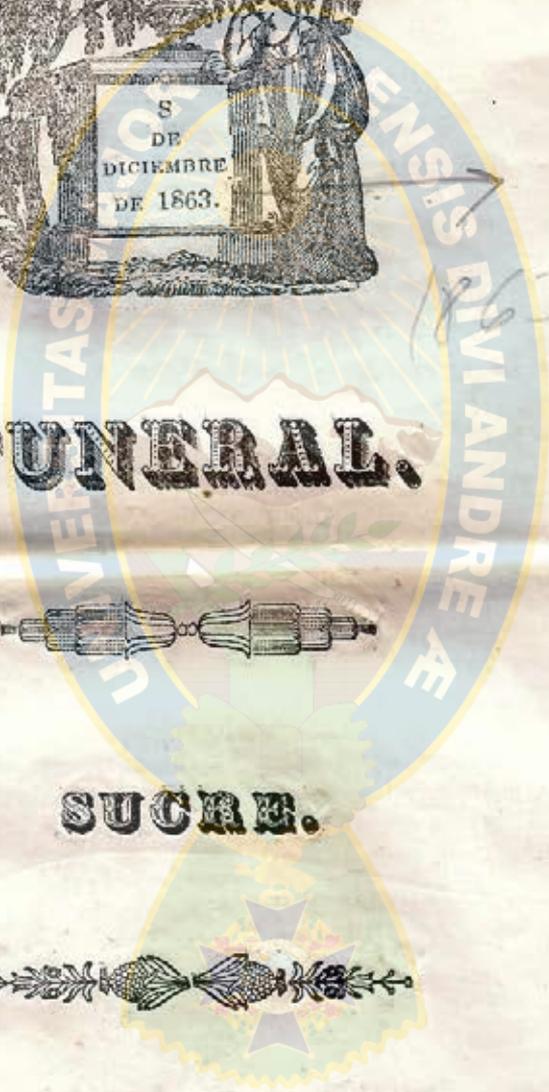
FUNERAL.



SUCRE.



IMPRENTA BOLIVIANA.



# FUNERAL.



## ILLMO. SEÑOR.

La funesta y dolorosa catástrofe que ha sumido en la desolacion al pueblo de Chile en la horrenda noche del 8 de Diciembre, ha llenado de profundo dolor nuestros corazones: lamentando tantas y tan terribles desgracias, rogamos á U. S. Illma. que se digne hacer, en nuestra Santa Iglesia Catedral, las exequias fúnebres de nuestros hermanos muertos en esa noche de horror y de luto para toda la humanidad.

Simpatizando con las desgracias de un pueblo hermano, elevaremos nuestros clamores al Todo-poderoso para que se digne levantar su mano y mirar con misericordia á esa desgraciada nacion, abriendo las puertas de su gloria á esas almas mártires de su fé, y los tesoros de su consuelo á los que les han sobrevivido.

Esperamos de la caridad evangélica de U. S. Illma. que se servirá acoger nuestros votos, disponiendo, con su Venerable Cabildo, el cumplimiento de nuestros deseos, que son el eco de los de esta noble Capital.

Sucre, Enero 12 de 1864.

Canónigo Francisco Maria Gonzalez, Canónigo Fermín Barrero, P. José Zilveti, Rudesindo Carvajal, Gregorio Pacheco, Mariano Ramallo, Mauricio Alzérreca, Juan José Corral, Emilio Fernandez, José Manuel Baptista, Ricardo Mujía, M. Baptista, Daniel Calvo.



PALACIO ARZOBISPAL EN SUCRE A 14 DE ENERO  
DE 1864.

Pase, con nota de atencion, á nuestro Venerable Dean y Cabildo, para que impuesto de esta solicitud nos informe sobre si hay ó no algun obstáculo para acceder á ella, y con su resultado se proveerá.

EL ARZOBISPO.

Llosa, Secretario.

REPÚBLICA BOLIVIANA.

*Cabildo Eclesiástico de Charcas.—Sala Capitular de la Santa Iglesia Metropolitana de la Ilustre y Heroica Sucre á 15 de Enero de 1864.*

A S. S. Illma. y Rma. el digno Arzobispo de la Plata.

ILLMO. SOR.

Enterado este Venerable Cabildo Metropolitano del contenido de la solicitud que se ha dignado U. S. I. pasarle adjunta en su muy respetable nota fecha de ayer, tiene la honra de contestar á U. S. I. que no solo no hay ningun obstáculo para que se hagan en esta Santa Iglesia Catedral las exequias de los finados en Chile en la horrenda noche del 8 de Diciembre próximo pasado, sino que será un acto relijioso muy grato al Todo-poderoso, sobremanera útil á las almas de los mismos, y que llenará los votos vehementes tanto de los distinguidos Sres. que han suscrito tan ejemplar y laudable solicitud, como los de este Venerable Cabildo, los de esta Capital que siempre se ha señalado por su amor á sus hermanos de las Secciones Americanas, y con especialidad de sus Autoridades, como consta á U. S. I.; por tanto el Venerable Cabildo espera de la notoria piedad y religiosidad evangélica de U. S. I. que accederá benignamente á la mencionada peticion, señalando el dia y hora en que deban tener lugar dichas exequias; en cuyo caso el Venerable Cabildo hará de su parte todo lo posible para que se verifiquen con la mayor solemnidad.

Con tal motivo nos es muy grato reiterar á U. S. I. nuestros sinceros sentimientos de grande estimacion y alto respeto.

Dios guarde á U. S. I.—Illmo. Señor—*Domingo Bustillo, Jose Maria Urquia.*

BOLIVIA—PALACIO ARZOBISPAL. EN SUCRE A 16 DE ENERO DE 1864. A S. S. M. V. EL DEAN Y CABILDO METROPOLITANO.

M. V. S.

En vista de su respetable nota oficial de 15 del corriente, en la que me informa U. S. V. que no hay obstáculo alguno para que en nuestra Santa Iglesia Catedral, se hagan las exequias de los finados en Chile en la horrenda noche del 8 de Diciembre próximo pasado, he tenido á bien señalar el dia 26 del corriente, horas 10 de la mañana, para que tengan lugar las espresadas exequias.

Lo que tengo la honra de poner en conocimiento de U. S. V. para que se digne hacer las prevenciones convenientes á fin de que aquel acto religioso y eminentemente humanitario, corresponda á la piedad y zelo del Venerable Cabildo Metropolitano.

Dios guarde á U. S. M. V.—M. V. S.—PEDRO ARZOBISPO.



Maintenant ils sont là, cendre dormant dans l'ombre,  
Tandis que leurs esprits font le voyage sombre,  
Et vont où nous itons!

VICTOR HUGO.

Con una emocion profunda vamos á consignar estos renglones, viva espresion de nuestros sentimientos. Lejos de nosotros la presuncion de pintar con sus verdaderos colores los tormentos y agonias de las desgraciadas víctimas del espantoso incendio del 8 de Diciembre, catástrofe inaudita, que ha llenado de terror á toda la humanidad. Como hombres, hemos sentido profundamente, y como americanos, hemos lamentado tan horribles desgracias. ¡Pobres padres, pobres hijos, pobres hermanos los que han quedado á llorar á las perdidas de su corazon, consumidas en un instante por un fuego humano, digámoslo así, por el refinamiento del progreso aplicado á la solemnidad de una funcion religiosa!! ¡Pobres víctimas que hallaron un infierno en el templo de Dios! ¡Misterio espantoso que ha conmovido violentamente nuestros corazones, y que no nos hemos atrevido á penetrar con un temerario pensamiento!

¡Pobre humanidad, condenada á una purificacion terrestre! Rota, dispersada, consumida en tantas individualidades que eran la gloria de sus familias y el ornamento de la sociedad chilena.

Cierto es que todos los hombres, arrojados sobre esta tierra de lágrimas, estamos obligados á marchar á la rehabilitacion por el penoso sendero de las espiaciones: sabemos que sobre nuestra ruta escabrosa nos esperan mil pruebas-grados diversos de una iniciacion progresiva que nos conduce á esa rehabilitacion indispensable al hombre: sabemos que marchamos todos á ese objeto, encadenados los unos á los otros por los indisolubles lazos de la solidaridad: sabemos que todos tenemos que pasar por el purgatorio moral ántes de llegar al perfeccionamiento indefinido: sabemos esto . . . . pero estábamos lejos de creer que una parte de nosotros se hallaba destinada á sufrir tambien *el purgatorio material*, para volver al seno de su Criador pura, y limpia, y radiante con la corona del martirio. Estábamos lejos de pensar siquiera que el Templo Santo, el lugar de la oracion y de las plegarias, fuese el destinado para ese inmenso martirio, sin nombre en la historia y que ninguna lengua puede espresar. ¡Insondable misterio que acatamos con temor religioso, elevando nuestras preces al Padre de las misericordias para que las derrame á torrentes sobre los desgraciados padres, hijos y hermanos que han sobrevivido á las prendas queridas de su alma!

Nos figuramos ese momento horroroso, ese instante del infierno, en que la bóveda del Templo, palpitando como un gran paño de fuego sobre las cabezas de tantos desgraciados, hizo estremecer sus almas: nos figuramos veinte mil llamas arder, crecer, inundar el Templo, abrasar los muros, derrumbar las vigas ardiendo, devorarlo todo. . . . Nos figuramos esa llama, salir por las puertas del Templo, como una inmensa cabellera ensangrentada, dejando á su paso solo estatuas de carbon y un informe montón de cenizas, espantoso, horrible. . . . Oh! se oprime el corazon con tan triste idea!! Los espectadores mudos de asombro, como cadáveres evocados de su fosa para asistir á los tormentos del infierno, . . . . y luego . . . . la naturaleza en calma, en medio de ese desorden, como una sonrisa de ironia y de desprecio! . . . .

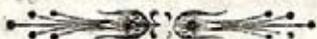
Ay!! Muchas y tristísimas noches hemos pasado cavilando sobre la desgracia de los hijos de Santiago: muchas lágrimas hemos derramado por los que han sobrevivido á sus madres, á sus hijos, á sus familias! ¡Plegue al cielo que su vida encuentre el bálsamo del consuelo que desde aquí les deseamos!

Hemos espresado nuestro dolor, pidiendo al Illmo. Sr. Arzobispo y á su Venerable Cabildo unas preces por nuestros hermanos mártires, y este digno Prelado y su Cabildo

han acogido nuestros votos. Hemos llorado en el Templo, hemos rogado por nuestros hermanos, y Dios ha oído nuestras oraciones. Bendigamos su providencia y acatemus sus juicios.

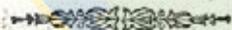
Sucre, Enero 26 de 1864.

Mariano Ramallo.



Hoy día 26 de Enero ha tenido lugar en la Santa Iglesia Catedral Metropolitana, la función religiosa en sufragio de las almas de los mártires del espantoso incendio de Santiago de Chile. El Templo del Señor enlutado; un magnífico catafalco en su centro; todas las corporaciones de duelo; el Illmo. Sr. Obispo de Cochabamba; una inmensa concurrencia de Señoras consternadas, rogando á Dios por los muertos y por los vivos que han quedado á deplorar sus desgracias; el Ilustrísimo Arzobispo con las vestiduras pontificales de riguroso luto; una música triste y dolorosa; y despues una sentida y patética oración fúnebre, pronunciada por el digno Sr. Canónigo Dr. Facundo Castro, que virtiendo copiosas lágrimas, nos ha hecho llorar á todos . . . he ahí lo que ha sido la función religiosa con que la Capital de la República ha celebrado las exequias fúnebres de nuestros hermanos.

Difícil es hacer la descripción de un acto religioso semejante: las lágrimas se agolpan á los ojos, y dominados todavía por el dolor, no podemos sino . . . ¡llorar! El Dios de las misericordias habrá oído las preces de todo un pueblo doliente y consternado. Su divina justicia habrá dejado caer la espada de sus iras, y su clemencia habrá acogido nuestros votos. Bendita sea su misericordia!



*Mandatum novum do vobis; ut diligatis invicem sicut dilexi vos. . . . In hoc cognoscent omnes quia discipuli mei estis.*

Un mandamiento nuevo os doi: que os améis los unos á los otros, así como yo os he amado. . . . En esto conocerán todas las generaciones que sois mis discípulos muy amados.

San Juan Cap. 13. V. 34.

ILLMO. SR. (1) EXMO. SR. (2) REVMO. PRELADO (3)

Las lágrimas de sangre arrancadas al ojo escandecido

- 
- (1) El R. Arzobispo.
  - (2) La Corte Suprema.
  - (3) El R. Obispo de Cochabamba.

de un criminal; los mas acervos suspiros exalados por el corazon compungido de un penitente; los tristes lamentos producidos por el mas lacerado pecho no son SS. suficientes para espresar vivamente el motivo dolorido que ajita nuestra alma, al reunirnos en este Santo Templo.

Los jemitos de Job, cuyas lágrimas humedecian los valles de Idumea; los sentidos y lúgubres acentos de Exequiel, de ese singular Profeta de los grandes infortunios y de los tremendos castigos, cuyos dolorosos ecos aterraban con sus trenos á la soberbia Babilonia y llenaban de espanto á los pueblos; las lamentaciones de Jeremias, cuando en torno de Jerusalen abandonada de Dios y de las gentes, lloraba sin consuelo los terrificos y esterminadores castigos de que seria objeto un dia, dicen menos, mucho menos, que el angustioso acontecimiento cuya dolorosa memoria nos reune hoy en torno de esta tumba levantada en sufragio de nuestros hermanos de Santiago de Chile, muertos en el incendio del Templo de la Compañia en 8 de Diciembre de 1863.

Empero, SS. hay en el corazon humano, una voz que habla mas alto que las lágrimas, hay en el corazon humano, una virtud cuya dulce profesion y práctica hacen el encanto de la Religion y la ventura del linage humano, y cuyo espléndido elogio hace nuestro divino Salvador en esas pocas palabras que acabais de escuchar—*Amaos unos a otros.* Hay, SS. en el corazon humano un principio indestructible y omnipotente, que remueve la naturaleza entera, que llama sin cesar á la humanidad á una sola patria, á un solo destino, á un solo fin. La adoracion de Dios y el amor de los hombres. Sublime virtud, SS., que nos abre el mundo ofreciéndonos hermanos en todas partes, que nos hace comprender como la sociedad que empieza en una familia acaba en la humanidad. El amor, SS. base immaculada del Código Universal de la naturaleza.

Gracias sean dadas SS. á la divina Providencia, que esta virtud llena el corazon de todos los Bolivianos, y que en este momento se presenta con todos los caracteres de celestial divina, puesto que nos ha reunido aquí espontáneamente á elevar nuestra humilde oracion al cielo por el consuelo de una Nacion hermana que llora. Tributemos pues SS. al Dios de las Naciones un homenaje de verdadera adoracion, mezclando nuestras lágrimas con las de nuestros hermanos de Chile como elocuente prueba de que todos somos hermanos; puesto que somos hijos de un padre comun, y de que estamos realizando su último mandato. *Amaos unos á otros.* ¡SS.! que este pensamiento sea el lenitivo de nuestro dolor.

---

Cuando el amor infinito con su inefable aliento dió ser

á la criatura humana, y ya formada, pronunció á su oído esta palabra de inmenso significado: "eres mi imagen", la solidaridad y la fraternidad de los hombres se desprendió como una ley fundamental de su existencia arrancada de la identidad divina. Presto, muy presto, el poderío de la voluntad, prenda del mérito así como de la ruina, según el uso que se hiciese de ella, rompió en el frenesí de su orgullo el lazo de amor. Dios ofendido se retiró. Quedó entre los hombres esa fuente deletérea del orgullo, hirviente, desoladora, que separó los corazones, divorció los ánimos, rompió, quebrantó, pulverizó las voluntades. Las relaciones humanas quedaron profundamente perturbadas. La ruga ceñuda del despotismo cruzó la frente del mismo padre de familia. La esposa cayó del solio de su dignidad primera. Al corazón del hijo, en vez del respeto, descendió el terror; y allá en un ángulo de ese lúgubre hogar, se vió de hinojos una figura humana, que no tenía la propiedad de sus brazos, que no era dueño de dar movimiento á sus pies, que media por el gesto del amo, la intensidad de su respiración: era una cosa, era el esclavo. La conocéis, SS.: esta es, en rápido concepto, toda la economía social del mundo pagano.

Si tan dura en la familia, tan tiránica en la comunidad, tan desigual, tan monopolizadora, tan privilegiada para el orgullo del pequeño número en toda la Nación, ¿cuál sería pues esa economía al respecto de la comunidad extranjera del pueblo ajeno? ¿Qué ley dirigiría las relaciones del hombre con el hombre? No la había. El extranjero no era el hombre. Era el extranjero tomada esta voz en el atroz sentido que le daba el inhumano rencor de los gentiles, era el bárbaro. Se le combatía, no para resguardar los fueros de la justicia ó de la defensa, sino para conquistarle, lo que importaba esclavizarlo á él, arrebatárle su familia, robarle su propiedad. El motor era el odio: los fines la espoliación: el estado humano permanente, el de guerra.

Eso es tan horrible que apenas lo recordamos; y cuando algún estraviado publicista ha querido hacer todavía en plena vida cristiana, una feroz teoría bebida en aquellos antecedentes, ha sido impotente para atravesar los umbrales del aula: allí se ha detenido estremecida y ahogada con el inmenso clamoreo que se alzaba de entre la sangre vertida en el calvario.

Porque para reconstruir ese edificio que se desplomaba, para encarrillar las fuerzas de la humanidad en el sentido del bien, para secar en el corazón del hombre la hiel de sus rencores, para infiltrar en la sangre del mundo la savia del amor, fué menester que descendiese á la tierra el hijo de Dios, que tomase el corazón del hombre y se fundiese en él, que se revistiese de su carne, se impregnase en su sangre, absorvie-

se su naturaleza en el océano de su bondad; y hombre y Dios á la vez, pronunciase en la lengua de los tiempos y con los sonidos del cielo, este suave, santo, puro, inefable, dulcísimo testamento: *amaos unos a otros*.

Pero el bien en esta su segunda estacion, no debia, no podia predominar en el mundo como una ley sin réplica, sin objeciones. Constituíase como una lucha larga é incansante, era precio del continuado sacrificio: auxiliaba á la naturaleza caída, le prestaba siempre fuerzas para salir vencedora, pero sus triunfos no debian ser en cuanto á los pueblos, ni regulares, ni rápidos, ni completos, sino sometidos á la ley de un progreso naciente, condicion indeclinable de una naturaleza que habia pervertido las bases de su creacion.

Así la fraternidad cristiana, que brotó al pie de la Cruz, para crecer, ensancharse, levantarse á los cielos y cobijar bajo su sombra á la humanidad entera, ha sufrido, sufre aun y sufrirá todavía los hielos del egoísmo, los vientos encontrados del orgullo, el sol abrazador de todas las pasiones. Sus hojas parece que se agostan algunas veces, y como que en su follaje amarillento presenta los signos de tenebrosa ruina; pero no haya cuidado, que sus raíces gozan de vida eterna, las fuentes vivas de la sangre del Dios humano, las rejeneran y fortifican incesantemente. Ha crecido mucho SS. y dado abundantes frutos—Vedlo sino—A pesar de las hipocrecias oficiales de los Gobiernos filosofistas, á pesar del espíritu pagano que anima su llamada política, á pesar de sus propósitos espoliadores, de su embustera diplomacia, de su egoísmo ambicioso, que tiene doctores para defenderla, sabios para teorizarla; á pesar de que se regatea todavía sobre la dignidad humana, sobre el color mas o menos atezado de las razas, la fraternidad humana, ley del cristianismo, tiene un eco sonoro en el corazón de las masas sociales, en las generalidades de todas las inteligencias. No hay bárbaros. Ya no es una ley, que las fronteras de las naciones, cualesquiera que sean, estén guardadas por el demonio de los odios y de las venganzas. El apóstol cristiano, el misionero abrió nuevos caminos, y moró en ellas igual á sus hermanos como hombre, inclinado como Sacerdote sobre esos pequeñuelos de espíritu, practicando entre torturas y fatigas, entre las nieves de la Iberia y los fuegos del África y las inhospitalarias riberas de la Oceania el inmortal testamento "*amaos unos á otros*". Y alentada por esa sublime propaganda religiosa, por esa grande aspiracion del corazón del mundo, hecho cristiano, doctrinado por ella, se movieron tambien las fuerzas políticas á secundar y continuar la obra inmortal, protejiendo la dignidad humana con el pabellon de las armadas navales; y surjieron reglamentos, sistemas, esfuerzos de todo género, malamente llamados fi-

antrópicos, liberales, progresistas, si al designarlos así, se los entiende opuestos ó siquiera diferentes á los trabajos, organizaciones y sistemas cristianos. Cristianos son y solo cristianos en todo cuanto contienen de amor; obra del hombre pagano en cuanto orgullo y sueños socialistas.

Así Sres., queda invertida la fórmula antigua. El hombre es extranjero. No; que el extranjero es el hombre, esto es, igual, hermano, amado. Y esta fórmula santa la pronuncia á una el mundo cristiano, está en el corazón, en la atmósfera que respiran, en el agua que beben actualmente trescientos millones de seres vivientes trescientos millones de cristianos, que á su pesar SS. aun cuando algunos de ellos estén separados de la verdad absoluta cristiana. la verdad católica, aun cuando muchos de ellos protesten ciegos contra ella y contra toda noción religiosa, jamás podrán moverse, caminar, hablar, escribir, sin que por todos sus poros no rebalce la verdad ó el sentimiento cristiano; que su voluntad no acepta para su mal, pero que su inteligencia y su lengua no pueden del todo rechazar porque allí está Dios.

Las naciones cristianas se mueven todas en una existencia comun, en una comunicacion y armonia recíproca de sentimientos ideas, leyes y principios y ya la ley internacional está elevándose poco á poco á la altura del catecismo de las escuelas cristianas.

¿Qué de extraño pues, SS. que en esta comunidad de doctrinas privadas y públicas, en esta organizacion de familias, en estos principios idénticos de justicia, de derecho, de deber y de virtud, se haya formado para las naciones cristianas ese sentimiento profundo y eterno de fraternidad? ¿Que hay de extraño, en que la sangre y las lágrimas de una nacion que se retuerce y agoniza al Norte de la Europa, conmueva las estrañas de Bolivia y preocupe á su Capital? Es la ley de Nuestro Sr. Jesu-Cristo, SS., que viene invadiendo al mundo incesantemente—“*amaos unos á otros*”.

Pero la Providencia, para conseguir sus altos fines, tiene una inagotable riqueza en los medios, y para hacer aceptable, asequible el grandor, del amor cristiano, que pudiera agotar las fuerzas humanas, le dá auxilios y socorros accidentales que le sostengan y le cultiven. Así ha permitido y querido muchas veces, que nos adhiriéramos á ciertos centros de afectos, á ciertas unidades históricas que nos fraternizasen mas y mas y con mayor inmediacion. Ved, SS. el centro de afectos la unidad que ha buscado para nosotros.

Recorria el mundo un hombre de genio, á quien la ciencia presumida llamaba loco. En el corazón de ese hom-

Le ardía inestinguible el fuego del sentimiento católico: en su frente fulguraba la llama de la inteligencia. Algo grande buscaba; porque en su vida errante le dominaba una abstracción profunda. Solo una intimidad tenía: la de su pensamiento con Dios. Pero tuvo la necesidad de comunicar su idea y se la rechazaron. El corazón de una católica la recibió.

Colón descubrió la América. Y el árbol de la caridad, la Cruz, se alzó en Haití; y de allí en continuada corriente inundó el bien el mundo norte y sud-americano, entremezclado y confundido, es verdad, con las pasiones humanas y con las especiales de aquella época, estancado y sobrepasado en veces por la codicia y crueldad, rebosando otras al impulso del sentimiento católico, que tan tiernamente personifica nuestra memoria en la venerable cabeza de Las Casas, pausado aquí, precipitándose allí como un torrente y dejando en fin por sedimentos de su marcha, una nueva generación cristiana que asentó sus fronteras desde el lado más setentrional de Méjico, hasta la punta más austral de la Confederación Argentina, inmenso ámbito en que se oyen por donde quiera los armoniosos sonidos del habla castellana, donde se ven en toda su extensión á lo ancho y á lo largo los campanarios del parroquiado católico, y se da á todos los vientos la enseñanza de Cristo, la moral del Evangelio, y se escucha la palabra de Alfonso el sabio y la cítara de Rioja. Idioma, legislación, costumbres, hábitos, sentimientos, fé, literatura: todas las herencias de la inteligencia, todas las conquistas del corazón, todos los detalles de la vida íntima, todos los rasgos de la fisonomía, todo nos ha venido SS. y lo tenemos igual, solidario, indivisible y comunicado de generación en generación, más de trescientos años há, con la trasmisión de una sola sangre. ¿Cómo no nos adheriríamos á esa cadena cuyo primer anillo tienen las manos de Colón? ¿Cómo no aceptaríamos esta nueva unidad, este centro de fraternidad, esta nueva prenda de humanidad, este socorro prestado contra la fuerza del aislamiento egoísta que pesa sobre el corazón humano, este nuevo, eficaz é inmediato lazo del Americanismo?

Llegó la hora marcada en el curso de los acontecimientos que dió al continente una vida propia con la proclamación y con la conquista de su independencia. No me toca examinar la eficacia de las causas y la oportunidad del tiempo en que se verificó y comunicó el grande movimiento. Básteme consignar que él dió origen á una obra común, al esfuerzo de todos en ayuda de todos; de tal suerte que la sangre Colombiana se vertió á torrentes en el corazón del Perú, y las huestes de Buenos Ayres cruzando altas cordilleras, confundiéndose en las ancias de un mismo

combate con las legiones Chilenas, llevaron la idea común á la ciudad de los Reyes. Todos los pabellones se refundieron en el calor de una sola esperanza; y parece como que los traian las diferentes secciones de una misma grande comunidad, que lo era SS. esa numerosa familia cuya domesticidad política é histórica, desde el Istmo hasta el cabo, se revelaba otra vez mas en la dolorosa pero sublime fraternidad de la misma sangre derramada en aras de un idéntico porvenir.

No es indigno, SS. de esta cátedra sagrada, recordar una palabra contemporánea, si al haber sido pronueciada revela la conciencia de estas grandes fraternidades, la pasada de trecentos años ante la Metrópoli, la novísima de guerra recíproca y mancomunada ante las espectivas de una nueva autonomía; y si esa reminiscencia se ha hecho lógicamente, oportunamente al tratarse de deslindar cuestiones internacionales, es imperioso reconocer en ella una gran premisa de tradición Española, y otra de Americanismo, sentadas como los farales del pensamiento diplomático para decir sin estruendo, sin ostentaciones, amigablemente, en familia, una cuestión cualquiera, una v. g. de límites territoriales. El Ministro que en su discurso de introducción, ante un Gobierno vecino espresó no há mucho, en brevísimas palabras, esa filiación de ideas, trajo á memoria, SS., en honor nuestro, lo que acabo de recordaros como cristiano y como americano. ¡Pluguiera á Dios que todos nuestros Gobiernos dirimieran siempre sus desavenencias bajo semejantes influencias!

Dicho esto de paso, observemos con dolor que una vez constituidas las secciones Americanas bajo distintas soberanías políticas, se debaten en frecuentes convulsiones, no conquistadas las instituciones que buscaban, perdida la estabilidad, azotadas de la guerra civil, diezgadas por las continuas proscripciones de sus partidos políticos. Pero estas desgracias endémicas deben al menos, imponer á unas y otras el deber de fraternizar con los infortunios de sus hermanas. Y es consolador pensar que así sucede en la generalidad de los casos. La hospitalidad, no al extranjero sino al hermano Sud-Americano se ha inoculado en nuestras costumbres y bien recordais que en diversas épocas, Bolivia no en satisfacción de conceder la protección, ha considerado al desterrado con funciones públicas, y la estimación general. Y recíprocamente, el mismo favor, iguales garantías se nos han dispensado generalmente en las Naciones hermanas.

Una entre todas há cobijado con su hermoso cielo muchos dolores, grandes infortunios, muchas debilidades y poderios Bolivianos. Allí hemos ido á buscar una hospitalidad que nos imponia la no interrumpida serie de nuestras bo-

rrascas políticas. Los pequeños y los proceres han llevado allí sus decepciones, sus terrores, ó sus esperanzas. Porque ningún país en el continente daba para la desgracia política mayores garantías. Relativamente á sus vecinas, tierra de estabilidad, ofrecía ancora y pie á todas las derrotas y vencimientos del Peruano, del Argentino, del Boliviano y del hijo de Colombia. La mesura, el buen sentido, la moderación reflexiva, dotes de sus nacionales, habian hecho que ese país, mas que ninguno dedujese las consecuencias mas prácticas y saludables de su nueva posición—Tuvo la ventaja de impregnarse con el verdadero espíritu de reforma tan opuesto á la licencia como á la ignorancia. El de trabajo, condicion de progreso vino á ser el patrimonio de sus hijos, y pudo presentarse con una literatura propia, con instituciones avanzadas y con un órden establecido en las bases de una organizacion legal antes y mejor conuinadas que la de las restantes secciones Sud-Americanas. La masa de su poblacion conserva mas que ninguna otra el tipo de la lealtad, franqueza y religiosa, ornato de nuestros antepasados—Las costumbres no se han divorciado de su única fuerza eficaz, la enseñanza cristiana. Su clero digno, lleva bien alto y en igual peso el mundo celestial de las virtudes católicas y el de las conquistas intelectuales. Allí es pura la cabeza del sacerdote, y brillante se conserva el cetro, de su dominio celestial, renovado sin cesar en la ardiente fragua de la caridad apostólica.

¡Quien lo creyera SS.! sobre esa nacion hasta ahora feliz, pero en estos momentos la mas infortunada ha descendido una grande catástrofe. Habeis oido que se alzaba en su Capital Santiago un largo gemido, el gemido de doscientas mil almas, un gemido mezclado con el chirriar de la carne viviente del hombre que se quema, y una como densa admosfera de humo viene de allí trayendonos el olor de huesos humanos que se carbonizan....¡las mas jóvenes y nobles hijas de Chile, sus primeras matronas, su porcion mas selecta ha muerto en el horror de las llamas!

Y todos vosotros vecinos de Sucre, os habeis reunido espontáneamente para venir á exhalar vuestro dolor al pie de estos altares en fúnebre ceremonia. Y vuestro Illmo. Pastor, vuestros magistrados, el R. Prelado de una Diócesis vecina, vuestros sacerdotes, vuestras matronas, vuestras jóvenes alcan las manos á una pidiendo al Dios de las misericordias, la venida del Anjel de la resignacion para aquel infortunado pueblo. Yo indigno sacerdote que no soy sino el simple órgano de vuestro dolor público, que no hago mas que espresar vuestros estrañables sentimientos, solo os he querido recordar hasta aquí, cuan anchos son los fundamentos de vuestro dolor fraternal hacia Chile: y cuan espeiales moti-

vos de conmiseracion debeis tener. Y si yo SS. recuerdo, que aquellas victimas fueron las mismas que poco há, me abrieron su seno, enjugaron mis lágrimas y me alargaron su mano generosa en el colmo, de mi desventura, ¿cual será SS. mi dolor? “ ¡Oh vos qui transitis per viam attendite et videte si est “ dolor sicut dolor meus. Basta, SS, basta. La naturaleza humana quedó allí desgarrada—Inclinaos como hombres sobre aquel dolor. Un pueblo cristiano ha padecido: cristianos, orad por él.

Los mas horrorosos acontecimientos que ofrecen los anales de la doliente humanidad son inmensamente inferiores en martirios y horrores al acontecimiento infausto de Santiago, en que, en menos de dos horas, una ciudad tan bella por su naturaleza y tan bizarra por sus hijos ha quedado desolada, despoblada de sus padres y de sus hijos, y de sus matronas y de sus vírgenes y de sus nobles y de sus plebeyos, y de sus ricos y de sus pobres—*Quomodo sedet sola civitas plena pópulo?* (1) Esa ciudad poco há tan encantadora, pasa hoy las noches en llanto, y siempre serán nuevas las lágrimas que sin cesar laven sus mejillas, por que de sus amigos ninguno ha quedado á consolarla—*Plorans ploravit...et non est qui consoletur eam ex omnibus charis ejus.* (2)

Las mas mortíferas y aterrantas escenas de la humanidad, son nada comparadas con la escena del 8 de Diciembre de 1863: las mayores catástrofes del mundo, dicen menos que la catástrofe de Chile; las mas atormentadas victimas, que presentar pudieran sociedades impiamente crueles, con incomparables á las tristes victimas de Chile. Su hermosa capital, se ve hoy cubierta de manto lúgubre, puesto que aun los que por desgracia suya, si se puede decir así han sobrevivido, se hallan ajados; sus sacerdotes tristes y toda ella en duelo: sacerdotes ejus gementes...*et ipsa oppressa amaritudine.* (3) Sus hijos mas blancos que la nieve, mas lustrosos que la leche, mas bermejós que el marfil antiguo, mas bellos que el záfiro; denegrido ha su rostro mas que los carbones, y no son conocidos en el templo, en las calles, en las plazas—*Candidiores Nazarei ejus nive...deni grata est super carbones facies eorum, et non sunt cogniti in plateis.* (4)

Reasumidos los contrastes, los castigos, los tormentos del linaje humano; sus angustias, sus privaciones, sus crueles martirios, sus tremendas espiaciones, sus espantosas desgracias; todo cuanto presentarse pudiera de estupendamente aterrador, es dulce y llevadero en comparacion de los martirios de los hijos de Santiago, en el inaudito incendio del templo de la

(1) Jerem. Cap. 1.º Versículo 1.º

(2) Jerem. Cap. 1.º Versículo 2.º

(3) Jerem Cap. 1.º V. 4.

(4) Jerem Cap. 4. V. 7.

compañía; del templo santo, SS, donde siempre se reunieran con entusiasmo santo á adorar al Dios de las misericordias y á tributar el mas cordial culto á la Imaculada Madre de Dios y Madre de los hombres.

Ha habido, SS. horrores sin cuento y calamidades sin nombre, pero nada iguala ni comparable es á los horrores y calamidades de que acaba de ser víctima la ciudad de Santiago. La tierra entera fué un dia engullida por las aguas del diluvio universal, signo misterioso y tremendo de un castigo providencial y de una forzosa purificacion; empero, en la catastrofe de Santiago debe enmudecer todo labio humano, y solo Dios en el último dia de los tiempos, nos hará ver sus adorables designios en tan cruenta prueba por la que ha hecho pasar á un pueblo esencialmente devoto, en un dia consagrado á bendecir su santo nombre y el de su bendita Madre—Diriasé SS. que Dios ha querido añadir la corona del martirio, á los hijos de Maria, que con las coronas de la inocencia y del arrepentimiento, daban fé del adorable misterio de la Imaculada Concepcion de su santa Madre y que un momento de prueba dolorosa era menester para despojar de su triste mortalidad, á esas almas dignificadas ante sus Altares, para trasportarlas de esta tierra de peregrinacion á la patria celestial de los bienaventurados.

Debemos creerlo así, SS. y para eso considerad, lo mas selecto de aquella ilustre poblacion, lo mas interesante, lo mas augusto, lo mas amable, lo mas tierno reunido ante las aras sacroerntas, con sus conciencias dignificadas en el tribunal de la penitencia, con sus labios recientemente teñidos en la sangre del cordero immaculado, despues de treinta dias de purificacion, dando término á su piedad hacia el sublime Misterio de la Concepcion immaculada de Maria en un momento tan esperado por ese pueblo, y ese momento convertido en fuego, en lágrimas en muerte....Diriase, SS., que Dios, la Imaculada Maria, los Angeles y los hijos de Santiago, formaban un solo espectáculo.

¡Señores! Que esta consolante esperanza, que el sublime sacrificio ofrecido por el Príncipe de la Iglesia Boliviana, que los cánticos lúgubres del Sacerdocio de esta Metropoli, que las plegarias de las Vírgenes cenovitas que desde el silencio de sus Claustros acompañan nuestros gemidos y que la humilde oracion de todos vosotros, sean el lenitivo de nuestro dolor y la elocuente prueba de nuestro amor hacia los doloridos hijos de Chile.

Y vosotros aflijidos hermanos Chileros, perdonad, si la esterilidad de mis ideas no ha pintado como merece ser pintado la intensidad de vuestro dolor; perdonad mil veces si el mas grande de vuestros dolores ha sido espresado débilmente por mi insuficiencia, y recibid el cordial sentimiento de

mis compatriotas unido al dolor, que mi gratitud hacia vosotros, ha arrancado de mi lacerado corazón.

Y vosotros holivianos todos, orad por una patria americana que se retuerce en la agonía: llorad con ella. No excluye tan santos sentimientos la divina religión. Hijos son de ella. Sobre Jerusalem sollozaba el divino Salvador: el dolor de dos hermanas fué bastante fuerte para arrancarle aquel grande grito—Lázaro salí afuera." Como no habremos pues de llorar sobre tantos dolores de padre, de esposo, de hija, de madre, de amigos?

Que nuestras lágrimas den plausible testimonio, de que no tenemos sino hermenos en todo el mundo; de que todos somos hijos de un Padre común, y de que estamos realizando su último mandato—Amaos unos á otros, así como os he amado. En esto conoceran todas las generaciones que sois mis discípulos muy amados.

